

# LA EXPERIENCIA Y EL CONFLICTO EN LA IDENTIDAD DE CLASE

por Jorge Sanmartino, Corriente Praxis

En las últimas décadas vivimos un auge de las teorías de los llamados “nuevos movimientos sociales”, que vendrían sustituir a las tradicionales organizaciones obreras -en particular los sindicatos- como sujetos sociales de cambio. Estas teorías consideran todo el proceso de conflictividad social como una traslación del conflicto capital-trabajo hacia nuevos sujetos auto-productivos. Ahora el conflicto de clase debe ser definido en base a nuevas coordenadas que expresen el movimiento hacia la auto-producción de la vida, esto es, hacia una “alternativa social” propias, escapando de las redes sociales y políticas del capitalismo. Un planteo radical de esta perspectiva es el No-Trabajo, la huida de las relaciones salariales para autogobernar en comunidad la satisfacción de las necesidades. Los ejemplos paradigmáticos de estos planteos son los campesinos sin tierra en Brasil o los movimientos Piqueteros, las fábricas ocupadas y las asambleas populares en Argentina. Las teorías posmarxistas, por otro lado, han insistido, no en la desaparición de la clase trabajadora, sino en que esta constituye sólo una más de la pluralidad de identidades que pueden ser mucho más determinantes en la experiencia de sus vidas que la de pertenecer a una clase. En un caso es posible constituir sujetos autónomos al margen de las relaciones mercantiles y de explotación. En otro, estas mismas relaciones parecen no tener efectos importantes en la capacidad de los sujetos de constituir identidades que surgen de otros conflictos, quizá más relevantes. Es paradójico que estas caracterizaciones puedan tener peso intelectual en el mismo momento en que esas relaciones sociales mercantiles y de explotación se han expandido y enraizado en todos los poros de la sociedad. Existen por supuesto identidades sociales no constituidas por las relaciones de explotación, y ellas son parte de problemas que deben ser encarados por el movimiento socialista, pero incluso las mismas zonas extraeconómicas, que se encuentran fuera de las relaciones de explotación y venta de la fuerza de trabajo, están hoy cada vez más subordinadas a la esfera mercantil. El posmarxismo ha ofrecido una oposición simétrica a la teoría del reflejo del marxismo vulgar en el que los discursos políticos y la ideología son un reflejo directo de las relaciones sociales. Así el concepto de ‘representación’ fue radicalmente eliminado y reemplazado por el de ‘articulación’, siendo que ahora son los discursos políticos lo que constituyen las situaciones de explotación. Esta inversión idealista es la base para un hiperpoliticismo democrático, erradicando todo conflicto clasista por una pluralidad de conflictos sin jerarquías diferenciales.

Como lo ha definido Terry Eagleton en su rechazo del posmarxismo “Es ciertamente verdad, como adecuadamente insiste el posmarxismo, que la posición político-ideológica del esclavo no es un mero ‘reflejo’ de su situación material. Pero sus posiciones ideológicas tienen realmente una relación interna con esas condiciones, no en el sentido de que estas condiciones sean la causa automática de aquellas, sino en el sentido de que esta condición es su razón”. Lo que se representa nunca es la relación social ‘bruta’, espontáneamente reflejada, sino que está mediada por la práctica ideológico-política. Los discursos políticos “producen sus propios significados”, conceptualizan la situación de diferentes maneras”. De ahí que el posmarxismo ha dado un paso ilícito al ir más allá y asegurar que toda situación socioeconómica es el resultado de una articulación específica de discursos políticos. Esta ‘exorbitancia del lenguaje’ posestructuralista rompe todo lazo entre las posiciones de clase y los discursos ideológicos. Pero si todo discurso se vuelve contingente podría ser pura casualidad que la inmensa mayoría de los capitalistas rechacen las ideas de los socialistas revolucionarios, o que una posición étnica opresiva resulte probablemente en un discurso de liberación racial. Eagleton concluye “¿Se nos pide que creamos que la razón por la que alguna personas votan a los conservadores no es porque temen que un gobierno laborista pueda nacionalizar sus propiedades, sino que su estima de la propiedad está creada por el acto de votar al partido conservador? (...) La política y la ideología se convierten de este modo en prácticas puramente auto-constituidas y tautológicas. Es imposible decir de dónde surgen; simplemente caen del cielo. Como cualquier otro significante trascendental”. El peso que han adquirido teorías de este tipo están relacionadas a dos grandes procesos asociados: en primer lugar a transformaciones profundas y duraderas de las relaciones de producción caracterizado por un creciente proceso de relocalización productiva, auge de la economía de servicios, imposición de nuevos métodos de trabajo, etc. Y en segundo lugar pero determinante, a una serie de derrotas y retrocesos fundamentales de las luchas de la clase trabajadora y de los sindicatos, que han perdido peso social y político, por lo menos desde mediados de los años '70. Esta es la razón por la cual la izquierda marxista parece haber quedado totalmente a la defensiva, aferrándose a la única demostración palpable del rol insustituible de la clase trabajadora en la sociedad contemporánea: la expansión permanente de las relaciones salariales, más allá del debilitamiento de la industria o del declive universal de las

condiciones de vida y las conquistas políticas y económicas a las que estuvo sometida: Asistimos a una expansión nunca vista de las relaciones de explotación y del número de asalariados en todo el mundo. Quizá por ese motivo, exageradamente expresado en las visiones más esquemáticas dentro del marxismo, es que se ha recaído en un campo simétricamente opuesto al anterior, rescatando el concepto clasista desde una posición unilateralmente sociologista. Al haber quedado defendiendo en soledad durante una década y media la capacidad revolucionaria de la clase obrera exclusivamente por su posición estratégica en las relaciones de producción, se ha caído en un error inverso: se le ha dado a las posiciones estructurales de clase un status teórico tal elevado que se ha llegado a subestimar las determinaciones históricas, concretas, de las experiencias y las luchas reales de la clase obrera. No es casualidad que en nuestro país un planteo unilateralmente basado en la posición estructural, haya subestimado e incluso despreciado el proceso de recomposición clasista más importante del período menemista-delaruista: el movimiento de desocupados.

Parecería suficiente con demostrar que no existe el tan mentado “fin del trabajo” para tranquilizar el alma marxista. En esta visión mecanicista sería suficiente con reafirmar la existencia del trabajo asalariado para resolver los problemas que sin embargo dicha reafirmación plantea. Dicho de otro modo, el problema no se resuelve con autoafirmar sociológicamente las posiciones de clase, -allí la cosa recién empieza-, sino en comprender sus procesos concretos, la lucha práctica, la política como elementos constitutivos de lo que se denomina formación de clase. Para una interpretación que sólo reafirma la estructura clasista como fin último, la misma presencia obrera alcanza para “centralizar” los conflictos sociales. Por eso una visión clasista estrechamente sociológica tiende a caer permanentemente en el espontaneísmo obrerista: tanto esperar que la clase obrera “entre en escena” que se espera de ella con su sola presencia, más allá de sus formas de lucha, su conciencia, su organización, resuelva tareas que nosotros depositamos en ella, como si los trabajadores asalariados fuesen un ente unitario por su esencia. Ese espontaneísmo exige que los objetivos más amplios de la emancipación social se encuentren en forma directa y completa en su propia naturaleza, dictada por su posición en las relaciones de producción. Así como el peor marxismo determinista exige como complemento una teleología de la historia, también aquí la clase parece estar provista de un objetivo último predefinido, innato a una posición de clase, obturando la propia definición de clase como proceso y como relación. Estamos ante dos frentes opuestos, aquellos que en el campo del post (anti) marxismo niegan el carácter estratégico de la identidad de clase y aquellos otros que le asignan una, mecánica y directamente extraída de las condiciones de producción. El debate ya no está puesto en la cuestión sobre el tan discutido “fin del trabajo”, sino en las condiciones en que esa masa de trabajadores asalariados que están asociados a las relaciones sociales de producción y que constituyen como en EEUU el 82% de la Población Económicamente Activa, o en Argentina donde alcanza al 73%, son capaces de constituirse como clase y como movimiento obrero en la lucha de clases.

### **Identidad y unidad de clase**

La cuestión es la siguiente: ¿cómo es posible que trabajadores que permanecen bajo relaciones sociales de explotación, pero que se encuentran en distintos lugares de producción, que vivencian una disputa permanente entre ellos por la venta de su fuerza de trabajo, que son puestos en competencia mediante el escalafón y las categorías, que pertenecen a ramas de producción y servicios completamente distintas, que están divididos por el nivel de sus ingresos, sus posiciones de producción y responsabilidad, sus calificaciones y competencias, que en muchos casos poseen culturas y tradiciones distintas, que provienen de diferentes geografías e idiosincrasias, llegan a pensarse y a organizarse como una clase? Si remitiéramos esta pregunta a las mismas relaciones sociales de explotación comunes estaríamos dando vueltas en un círculo vicioso, porque volveríamos exactamente a donde habíamos partido, la existencia sociológica de un porcentaje nunca visto históricamente de asalariados en el mundo, que son su presupuesto. El campo de la infraestructura sólo nos habilita a pensar una referencia material, pero nos exige volver nuestra mirada sobre los procesos que se encuentran en las mismas relaciones sociales antagónicas, a comprenderlas como relaciones en conflicto, es decir, nos exige concentrarnos en las experiencias y las luchas que los trabajadores se ven obligados a librar. E. M. Wood rescatando el concepto de formación de clase planteado por E. P. Thompson sostiene que “las determinaciones objetivas no se imponen por sí mismas sobre una materia prima en blanco y pasiva, sino sobre seres históricos, activos y concientes. Las formaciones de clase surgen y se desarrollan ‘a medida que los hombres y las mujeres viven sus relaciones productivas y experimentan sus situaciones determinadas, dentro del conjunto de relaciones sociales’, con su cultura y expectativas heredadas”. Lejos de separar la estructura y la historia, es necesario articularlas de modo que las formaciones de clase puedan definirse, como un proceso estructurado. Hay un caso que puede servir de ejemplo. Una visión obrerista va a tender a rechazar cualquier identidad de clase que no sea inmediatamente estructural, en los hechos a negarle el carácter proletario o a subestimar su influencia y propósitos por no poder “parar la producción”, como ha ocurrido con ciertas corrientes obreristas en nuestro país respecto al movimiento de desocupados. Pero en un

sentido el movimiento piquetero fue mucho más “centralizador” clasista que los trabajadores ocupados de la industria. Fueron capaces incluso de articular una alianza social anunciada como “piquete y cacerola”. Como la historia no es un reflejo condicionado de la estructura, sino que participa activamente “modificando las circunstancias” lo que tenemos de específico en nuestro país es que un sector de clase puesto al margen de las relaciones de explotación directas, se ha colocado durante más de 5 o 6 años en el centro de la vida de una sociedad compleja y moderna como la Argentina. Con todas sus particularidades, límites y potencialidades, un sector de la clase sociológicamente marginal se constituyó en políticamente central. Un marxismo pobre no podría asimilarlo.

### **Los límites del obrerismo espontaneísta**

Como vimos, la identidad y unidad proletarias no nacen automáticamente de la posición estructural, que son sólo su presupuesto material. Un ejemplo que nos es familiar es el del corporativismo sindical. Las conquistas sindicales de un sector de la clase trabajadora pueden resultar en la división y ruptura de la solidaridad de clase, que es funcional a la reproducción de las relaciones sociales de producción. Tal es el caso de los acuerdos obrero-patronales frente al consumidor. El sindicalismo deviene en muchas ocasiones en anti-socialismo, es decir en un instrumento burgués contra el conjunto del proletariado. Rosa Luxemburgo polemizó con Berstein y Schmidt al respecto. “Por otra parte, el intento de los sindicatos de fijar la escala de la producción y los precios de las mercancías es un fenómeno reciente. Recién ahora hemos sido testigos de intentos semejantes. Y fue nuevamente en Inglaterra. Por su naturaleza y tendencias, dichos intentos se asemejan a los que describimos más arriba. ¿Para qué sirve la participación activa de los sindicatos en la fijación de la escala y costo de producción? Sirve para formar un cártel de obreros y empresarios contra el consumidor y, sobre todo contra el empresario rival. Su efecto en nada difiere del de las asociaciones comunes de empresarios. Fundamentalmente ya no tenemos un conflicto entre el capital y el trabajo sino la solidaridad del capital y el trabajo contra el conjunto de los consumidores. Desde el punto de vista de su valor social, parece ser un movimiento reaccionario que no puede constituir una etapa en la lucha por la emancipación del proletariado porque es lo opuesto a la lucha de clases”. Como se ve la lucha que nace naturalmente del metabolismo de la reproducción capitalista en torno al valor de la fuerza de trabajo puede dirigirse por caminos divergentes. De uno u otro depende la dispersión o la capacidad dirigente de masa del proletariado. En Argentina la lucha por el salario -a veces incluso muy radicalizada- incluyó una aceptación de los términos en que la clase dominante encuadró al movimiento obrero en sindicatos estatizados y el partido peronista. Aquí puede verse la relevancia del planteo de Lenin exigiendo que las luchas económicas no sean libradas a sí mismas y se las eleve a la “lucha política sociademócrata”. Lenin sostuvo que “La clase obrera espontáneamente gravita hacia el socialismo; pero la ideología burguesa que está muy extendida (y revive continuamente y de diferentes maneras) espontáneamente se impone sobre el obrero en un grado todavía mayor”. Es decir, mientras que la base estructural puede facilitar por la misma vivencia de la explotación una posición clasista en los trabajadores (y sólo en ese sentido Lenin dice que “tienden al socialismo”), sin embargo las conclusiones que se saquen de dicho conflicto están mediadas por las condiciones políticas e ideológicas imperantes en la sociedad capitalista, aquellas que son según Marx las ideas de la clase dominante. No sólo por la capacidad estatal y los recursos culturales de la burguesía, sino también porque las relaciones sociales aparecen en el capitalismo fetichizadas como relaciones entre cosas, así como se oculta bajo un contrato comercial entre compradores y vendedores de mercancías la desigualdad de base que se opera en las relaciones de producción. Incluso cuando estos mecanismos llegan a ser cuestionados por los explotados, la clase capitalista es capaz de imponer nuevas conclusiones políticamente falsas: aquellas que desvían el objetivo hacia los inmigrantes, las minorías o bien a la naturaleza inevitable de la explotación, generando la desmoralización u otros sentimientos de impotencia y resignación. Por todos estos factores es que a pesar de que las relaciones productivas materiales favorecen espontáneamente las ideas socialistas en los trabajadores que vivencian la explotación, sin embargo los resultados pueden ser opuestos, reforzando la dominación y la subordinación. Ahí está el valor actual del planteo leninista, porque la oposición y superación de las “ideas de la clase dominante” que se imponen cotidianamente a la clase obrera exigen ser procesadas en el mismo nivel en que la clase capitalista impone las suyas: en el de las concepciones e ideas que forman la conciencia de los hombres. Esto requiere de un esfuerzo de carácter político e ideológico que es la única garantía de preservar la identidad y la unidad más allá de los vaivenes de la lucha. No se trata de reproducir la separación espacio-temporal entre la conciencia y la espontaneidad o entre los ámbitos epistemológicos del sujeto y el objeto, sino de ponerlos en movimiento dialéctico en el que ambos son momentos de un mismo proceso. Como lo dice Alan Shandro: “Sin embargo, la tesis de Lenin resiste cualquier identificación simple con la distinción entre espontaneidad y conciencia, con la distinción entre base y superestructura. En el curso de su argumento, la vanguardia consciente es convocada tanto a fomentar el movimiento obrero espontáneo como a combatirlo. La ambivalencia aparente de esta posición está basada en una valoración de la

espontaneidad misma como embrión de la conciencia socialista y (al mismo tiempo, N. de R.) repositorio de la ideología burguesa". Lenin parte de que hay una profunda asimetría en el juego de correspondencias entre las posiciones estructurales y la conciencia política. Las últimas décadas vieron este proceso llevado al paroxismo, registrando una expansión global sin precedentes de las relaciones capitalistas y de las cuales podía inferirse un crecimiento correspondiente de la conciencia y la organización de clase, aunque fueron el resultado y al mismo tiempo la causa de desmoralización, crisis y retrocesos.

### **Del siglo XIX a la crisis mundial**

Hemos sostenido que la unidad y la identidad de clases no devienen de una correspondencia directa con la posición estructural. Es verdad que Marx había sostenido que las tendencias inherentes al desarrollo capitalista creaban un progresivo crecimiento del proletariado, un permanente impulso a la proletarianización de las clases medias, una tendencia a la miseria creciente. Ya desde el Manifiesto Comunista Marx había anticipado que la burguesía, mediante la expansión de la industria creaba al mismo tiempo a su propio sepulturero, el proletariado. Incluso en su concepción de lo que debía ser un partido de la clase trabajadora creía que se constituiría en una "representación política" del conjunto de la clase, la cual conquistaría primero en los sindicatos -tal como en Inglaterra- una trinchera económica masiva. La tendencia a la homogeneización social del proletariado estaba asegurada por la lógica intrínseca del movimiento del desarrollo capitalista.

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX esto parecía extenderse a los derechos sindicales y políticos de la clase trabajadora, en los que crecía exponencialmente, sobre todo desde 1890 con el fin de la crisis y la anulación de las leyes antisocialistas en Alemania, las tasas de sindicalización y los derechos laborales, así como el crecimiento de los partidos socialistas. Fueron estas condiciones sociales particulares las que llevaron a los socialistas europeos de la segunda generación, alistados en la II Internacional, a tomar unilateralmente las tendencias descritas como elementos unificantes del desarrollo capitalista. Así, parecía que los países avanzados mostraban el itinerario inexcusable por el que deberían pasar los más atrasados, como producto de los efectos inevitables de leyes necesarias del desarrollo capitalista. Las conquistas económicas debían seguir generalizándose eternamente, los derechos políticos expresarían este crecimiento, y la unidad y conciencia de clase iría progresando conforme se irían reforzando con el crecimiento permanente y la expansión de la industria y el comercio capitalista. Esta visión era compartida, en general tanto por el ala ortodoxa de Kautsky como la revisionista de Berstein. Para el primero la creciente concentración de la riqueza simplificaba la diversidad y complejidad de los sectores de clase, unificando la identidad clasista y su expresión política, el partido socialista. Si las tendencias económicas espontáneas homogeneizaban y polarizaban la lucha de clases el crecimiento orgánico de la clase trabajadora no era más que la expresión de las "leyes de hierro" de la necesidad histórica, de la cual se deducía la inevitabilidad del socialismo. En la segunda variante, las tendencias económicas y la estructura del estado tendían a complejizarse (lo que más tarde Hilferding llamaría "capitalismo organizado"), aunque en su totalidad la clase trabajadora podía conquistar gradualmente posiciones políticas estables. Berstein sintetizó su planteo antirrevolucionario con la célebre frase "el movimiento lo es todo, el fin no es nada". El revisionismo acompañaba la misma creencia en que el crecimiento orgánico del capitalismo llevaría a una posición automáticamente cada vez más independiente y relevante a la clase obrera, aunque en el primero la conclusión era revolucionaria y en el segundo reformista. Ambos estaban abandonados a la creencia muy fuertemente arraigada del evolucionismo social. El sentido de un progreso ascendente estuvo profundamente arraigado en las condiciones sociales y en la experiencia del momento. En el campo filosófico esto se expresó en un marxismo de fuerte contenido positivista, expresión en la creencia en leyes sociales ineluctables inherentes de la historia y de la economía. La catástrofe de la guerra mundial, la crisis y parálisis del movimiento obrero, la debacle social-patriota de la mayoría del socialismo alemán y europeo demostraba que no había linealidad progresiva en la historia y que el hiato entre la expansión de las relaciones productivas y la capacidad clasista de resolverlas no eran idénticas, ni el segundo un reflejo del primero. ¿Había sido el mismo Marx responsable de este materialismo mecanicista? En definitiva fue el joven Marx quién había formulado en términos filosóficos la idea que el proletariado poseía una esencia revolucionaria y que ella debía a la larga reunirse con su realidad aparente. Pero ¿posee verdaderamente el proletariado una esencia? Evidentemente los términos feuerbachianos en los que formula el problema exigían algún medio para que esencia y apariencia coincidieran: allí estaba la historia, ese viejo topo, para reunirlos definitivamente. Pero si ni la historia ni ninguna otra personificación hacían nada (La sagrada familia) que no hiciesen los hombres por sí mismos, es la política, no la filosofía, el camino para reunir a los trabajadores con sus tareas históricas concientes.

Rechazando implícitamente la idea de una clase esencial, de una dimensión revolucionaria intrínseca a su condición estructural un Marx que podría ser denunciado por 'hiperbolchevista' afirma que "En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que

constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras". Marx rechaza la existencia objetiva de la unidad clasista, que sólo se impone gracias a la mediación de la conciencia, y sólo gracias a ella cobra existencia efectiva. Esto ha sido censurado vehementemente por el amplísimo campo antileninista, que denunció la más mínima distinción entre la clase y el partido a la que consideraba como una operación de exteriorización de éste respecto a la clase, una dualización y una 'rigidización' de los polos que en Marx estaban en movimiento. Esta visión sesgada unilateraliza el planteo de Marx que es como mínimo complejo y circunstanciado.

### **Lenin y Rosa Luxemburgo**

Las tendencias que nacen de las condiciones del desarrollo capitalista son profundamente contradictorias, como lo son las mismas relaciones sociales de producción. Mientras en un lado tenemos una tendencia a la homogenización social, por el otro tenemos la recreación constante y permanente de la fragmentación y la división social. La clase obrera se divide, se separa en múltiples fragmentos y sectores, con una diversidad fatal de intereses, representaciones e identidades. Rosa Luxemburgo atacó el principio evolucionista e ingenuamente unitario de Kautsky a raíz del debate sobre la huelga de masas. Para ella en épocas de paz social, cuando las condiciones no son revolucionarias, el proletariado se encuentra separado y dividido. "En Alemania ocurren todos los años y todos los días choques violentos y brutales entre obreros y patrones sin que la lucha traspase los límites de un distrito o una ciudad, o incluso una fábrica (...) Ninguno de estos casos cambia súbitamente a una acción de clase mancomunada". La cuestión cambia abruptamente en los períodos revolucionarios, en los que las luchas económicas aisladas confluyen en un torrente revolucionario general. "Por el contrario, solamente en el período revolucionario, cuando los cimientos y los muros sociales de la sociedad de clases se ven sacudidos y sometidos a un constante proceso de descomposición, cualquier acción política de clase del proletariado puede hacer emerger de su pasividad a sectores enteros de la clase obrera". En Alemania cualquier lucha convocada por los "jefes del comité ejecutivo del partido" arrastrará sólo a las capas sindicalizadas. La huelga de masas espontánea unirá a los trabajadores sindicalizados con aquellos sectores más sumergidos que "en épocas normales se abstienen de participar en la lucha sindical". Esta conclusión no es tanto política como estructural: "en el curso pacífico y 'normal' de la sociedad burguesa la lucha económica se fragmenta y se disuelve en una multitud de luchas individuales en cada rama de producción y en cada empresa". Para Rosa Luxemburgo sólo las situaciones revolucionarias pueden imponer a los trabajadores una perspectiva general del movimiento de la clase, en la que cada lucha particular, local y aislada, es vista por las masas movilizadas como parte integrante del torrente revolucionario. Sólo la lucha revolucionaria generalizada puede unificar y constituir una conciencia de clase unitaria y colectiva. La huelga de masas obliga a "salir del taller, la mina y la fundición, y superar la atomización y la decadencia a las que se ve condenado el proletariado por el yugo cotidiano de la explotación del sistema". Pero Rosa adolecía de una falla espontaneísta fatal, igual que Trotsky antes del '17 en el que el partido revolucionario podía ser a lo sumo un acelerador del proceso, o en tiempos de paz, un educador. Para ella lo que unifica, le otorga identidad y forja la conciencia de clase colectiva del proletariado es la acción revolucionaria espontánea de las masas. De ahí que ningún partido como el que quería Kautsky, ninguna organización socialdemócrata que acumulara y preservara su aparato conservador podía unificar a la clase, sólo la huelga general de masas tal como se había dado en la revolución de 1905 en Rusia. Ese es el motivo por el cual la revolucionaria polaca denunció la táctica de la "guerra de desgaste" kautskiana, en la que el crecimiento del partido y los sindicatos, y la preservación de ellos como conquistas de todo el proletariado se había erigido en el principio fundamentalmente conservador puesto que cualquier acción les resultaba a los dirigentes socialdemócratas una amenaza, con el peligro de que el gobierno los declare ilegales o les cierre sus diarios, desafuere a sus diputados y clausure sus centros culturales. El aparato lo es todo, la acción revolucionaria nada. Rosa denuncia la falsa unidad de clase impuesta por un aparato conservador desde arriba y exige que se mire a Rusia, donde la espontaneidad de la huelga de masas unificó y le dio un sentido clasista revolucionario a toda la lucha económica dispersa que la clase obrera venía dando aisladamente. Las conquistas de la clase las consigue mil veces mejor esas acciones que el aparato de los partidos y los sindicatos mediante las batallas pacíficas y cotidianas. Pero ¿cómo actuar, cómo asegurar el advenimiento de la huelga de masas? En definitiva, ¿quién asegura la recomposición revolucionaria de la unidad de clase del proletariado fragmentado y disperso? La respuesta de Rosa Luxemburgo está en el advenimiento inevitable y necesario de la crisis capitalista, cuya consecuencia es la huelga revolucionaria de masas. En ella cada huelga, como en la Rusia de 1905, es parte del todo revolucionario, sobrepasando el estrecho marco económico-reivindicativo. En ese sentido el partido-proceso característico de Luxemburgo y del Trotsky previo al '17 revela limitaciones semejantes al economicismo ruso criticado por Lenin. Mientras que Rosa Luxemburgo libra la batalla fundamental contra el reformismo y el conservadurismo solapado de Kautsky, unilateraliza la acción espontánea, que no puede ofrecer una continuidad sustancial y sobreponerse a los

vaivenes inevitables de la lucha de clases. ¿Cómo sobreponerse a las alzas y las bajas inevitables de la acción de masas? ¿Cómo aglutinar las lecciones del pasado y forjar la unidad clasista del futuro? Lenin posee en este punto una claridad superioridad sobre Rosa. Puesto que el punto de partida de la recomposición revolucionaria es la estrategia, y sólo una clara perspectiva socialista puede reconstruir teórica y programáticamente la unidad clasista que no puede encontrarse en las relaciones sociales de producción ni consolidarse en el flujo inestable de la situación revolucionaria de masas, sólo puede ser reconstruida en una dialéctica constante y concreta entre las luchas ideológicas y políticas y el movimiento espontáneo revolucionario de las masas, que nutre y se nutre del partido. El espontaneísmo de Luxemburgo obliga a depositar en las leyes inexorables de la causalidad histórica la reconstrucción de la dispersión de intereses de clase, mientras que en Lenin sólo la acción estratégico-política pueda lograr que la unidad espontánea de la situación revolucionaria se constituya en unidad teórica y programática, es decir en la superación política conciente del capitalismo. Por eso a Rosa le falta, como reflejo de la subestimación partidaria, el momento de la insurrección como arte, que no es un fruto directo de la situación revolucionaria, sino una expresión de la capacidad socialista conciente coagulada en partido. Trotsky resuelve en 1905 la contradicción entre la tarea democrático burguesa de la revolución y la clase portadora de una solución eficiente. Incluso va más allá de la fórmula bolchevique y sostiene en base al desarrollo desigual y combinado específico de la sociedad rusa, la posibilidad de la dictadura del proletariado. Ella no deviene como en la ortodoxia socialdemócrata de una correspondencia entre el desarrollo orgánico del capitalismo y su conclusión lógica en el crecimiento correspondiente de los intereses clasistas, sino en las deformaciones y las rupturas, los quiebres y las desigualdades que constituyen la arena de la lucha de clases rusa. Pero en el modelo de 1905, igual que Luxemburgo, el campo de la recomposición unitaria de clase parecía nacer directamente de la situación revolucionaria. El "partido-proceso" de Trotsky podía acelerar los ritmos, no mucho más. En esto paradójicamente se acercaba fatalmente a la visión de Plejanov. Mientras que el proceso objetivo parecía estar dominado en Trotsky por el desarrollo desigual que imponía un desplazamiento de las tareas de una clase en otra (y esa es la diferencia sustancial con el menchevismo y su lógica fusión posterior con el bolchevismo), en el terreno de la recomposición política partidista se mantenía al revés en una correspondencia mecánica entre la clase de conjunto y su representación política. Lenin tiene una respuesta distinta, porque la unidad política exige constituirse estratégicamente mediante el partido que defiende los intereses históricos de la clase trabajadora. Lenin no subestima la acción espontánea de masas, la unidad revolucionaria de la clase en la acción, no ve en el soviets un peligro "a lo Kautsky". Al revés su conclusión es que el soviets se ha demostrado no sólo en la más formidable demostración del espíritu y la organización revolucionaria de las masas, sino también embrionariamente en un contrapoder revolucionario al poder capitalista. Lo que exige Lenin es que no se deje librado el movimiento revolucionario a las vicisitudes de la lucha espontánea. Mientras Rosa pone énfasis y denuncia el anquilosamiento burocrático de la socialdemocracia alemana, Lenin exige que se reconozca que la lucha económica espontánea no alcanza a superar la parcelación, dispersión, el localismo y el provincialismo de la lucha económica. Los intereses históricos de la clase obrera sólo pueden expresarse mediante el conocimiento de las contradicciones sociales en su conjunto, lo que requiere un reconocimiento de las variadas luchas del conjunto de las clases de la sociedad, del papel del estado, y un entrenamiento político por parte de los sectores obreros avanzados. "La conciencia de la clase obrera no puede ser una conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y opresión, de violencia y abusos de toda especie, cuales quiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, precisamente desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde ningún otro (...) Quien oriente la atención (...) y la conciencia de la clase obrera exclusivamente, o aunque sólo sea con preferencia, hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de sí misma, por parte de la clase obrera, está inseparablemente ligada a la completa nitidez no sólo de los conceptos teóricos -o mejor dicho, no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas elaboradas sobre la base de la experiencia de la vida política- acerca de las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual". Ese y no otro es el sentido de la "conciencia desde afuera" de Lenin, tergiversada hasta el cansancio.

En los hechos el espontaneísmo revolucionario de los soviets conciliadores (Alemania) no contradice el planteo de la "conciencia desde afuera" de Lenin, sino que lo somete a una prueba rigurosa incluso en las condiciones extremas de la revolución alemana, donde la espontaneidad de masas es capaz de desplegar capacidades creativas inimaginables en períodos de paz. Pero el partido orgánico que le representaba como "expresión política" de la "unidad de clase" ahogó los soviets y los subordinó a la República de Weimar. La incapacidad de los trabajadores de superar espontáneamente al aparato reaccionario de la socialdemocracia que ellos mismos construyeron es el que favorece a Lenin por sobre Luxemburgo, consolidando la importancia estratégica del campo de fuerzas de la política partidista, puesto que aunque la revolución alemana puso frente a frente a los trabajadores ante el desafío de reconstruir las bases de la sociedad desde un punto de vista de clase, es decir exigió del proletariado asumirse como unidad revolucionaria, el momento decisivo hizo

estallar esa unidad estratégica en mil pedazos. Mientras tanto, en Rusia, liderados por los bolcheviques, el proletariado logró una insurrección victoriosa y con ello consolidó la unidad de intereses que la revolución de febrero había puesto al alcance de las manos.

### La unidad hegemónica en Lenin y Gramsci

Pero la situación del proletariado ruso y de la estructura social atrasada le exigió a Lenin pensar también en otra dirección el problema de la unidad revolucionaria. Es verdad que Lenin explica en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* la tendencia inevitable a la descomposición de la sociedad precapitalista en Rusia y al desarrollo acelerado del capitalismo, incluso donde los populistas veían que las particularidades rusas facilitaban el acceso al socialismo basado en la comuna campesina sin necesidad de pasar por una etapa de desarrollo burgués. Pero en Lenin esto no constituía un pase libre para borrar las especificidades, los segmentos no capitalistas, o las contingencias políticas, “a mostrar que éstas no son otra cosa que formas aparienciales o contingentes de una realidad esencial: el desarrollo abstracto del capitalismo, por el que toda sociedad debe pasar”. Para Lenin la caracterización de la dinámica capitalista de Rusia le era útil para entender la dinámica capitalista y su influencia destructiva de las viejas relaciones de producción. No afirma lo que “inexorablemente debe venir”, más bien sólo lo que va a desaparecer. Para Lenin ninguna fórmula reemplaza el análisis concreto de la situación concreta. La dinámica es capitalista, pero la burguesía no es capaz de barrer con los vestigios del viejo régimen. Lo que decide es la política. La conclusión de Lenin no es la misma que la de Kautsky o Plejanov: la dinámica capitalista no instaaura el dominio capitalista, sino la “dictadura de los obreros y los campesinos”. No facilita contemplar un supuesto proceso económico de homogenización proletaria y de polaridad clasista a la europea, como lo pensaba Parvus, sino que le exige actuar política y estratégicamente sobre un suelo despereado y quebradizo. Su gran habilidad consistió justamente en comprender el proceso complejo y la exigencia de lograr una alianza no económica, sino política, difícil, contradictoria por sus tendencias estructurales, con el campesinado. En Lenin la práctica política no era un reflejo pasivo de las tendencias económicas inexorables, sino la arena fundamental en el que desplegar un campo de acción cuyo desenlace sólo lo decide la lucha. Como decía Gramsci “En realidad se puede prever ‘científicamente’ sólo la lucha, aunque no los momentos concretos de ésta”. Socialmente se trataba de un problema más simple que en occidente: el nuevo proletariado fabril parecía ser indiscutiblemente el sector social más homogéneo, más revolucionario y el llamado a liderar la revolución. Se trataba de no transformar las luchas económicas en un conducto secreto hacia el liberalismo, lo cual exigía elevar la conciencia tradeunionista a conciencia política socialista. El problema de Lenin era sobre todo asociar al proletariado al resto de las clases explotadas de Rusia, en primer lugar el campesinado. Lenin se enfrentó a una particularidad que desafiaba cualquier correspondencia aparentemente evidente: el desplazamiento de una tarea de clase por otra clase distinta. Como es sabido los marxistas ortodoxos establecían una correspondencia directa entre las tareas de la revolución con la clase que estaba llamada a liderarla. Por ese motivo los padres del marxismo ruso, creyeron que al proletariado sólo podría corresponderle un papel auxiliar en la revolución democrático burguesa, obligadamente dirigida por los liberales burgueses. El planteo obrerista del menchevismo en la revolución de 1905 expresó esta “división de tareas” entre el proletariado organizado independientemente pero encapsulado en sus propios intereses y la burguesía liberal, llamada a dirigir la revolución democrático burguesa. Para el menchevismo el soviét de Petrogrado debía transformarse en una coalición obrera, un parlamento obrero “autogobernado”. “La idea de un congreso obrero, como fue presentada por el teórico Menchevique, P.B. Axelrod, daría cuerpo a la auto-actividad proletaria. El congreso estaría constituido por delegados de asambleas obreras para ‘adoptar decisiones específicas concernientes a las demandas inmediatas y al plan de acción de la clase obrera’. (...)”

Los mencheviques esperaban que tales propuestas, proveyendo un forum para la auto-actividad de la clase obrera, pudieran culminar en la formación de un partido de masas del trabajo. Lo que estaba en juego fundamentalmente en la institución del soviét era entonces la relación entre la clase obrera y su partido político más que la agenda, más inclusiva, de la revolución democrática”. Para Lenin y su fracción, por el contrario, se trataba ante todo de asegurar la dirección del proletariado en la revolución, lo que exigía establecer una política hegemónica. Era estratégica la alianza obrera y campesina y por ese motivo los soviets no debían ser exclusivamente obreros, ni proponerse autogobernarse sino por sobre todas las cosas encabezar una alianza de las clases explotadas. Esta era la concepción estratégico revolucionaria de Lenin que le exige al proletariado salirse de sí mismo para alcanzar una eficacia política que no está determinada por alguna necesidad histórica sino que entre en el campo específico de la historia concreta, del juego mediado de la decisión política correcta, del acuerdo, los pactos, la transigencia en el programa agrario, siempre inestable y siempre cambiante. El concepto de hegemonía fue luego trasladado al campo europeo donde los partidos comunistas luego de la revolución de octubre y del período de estabilización capitalista se vieron reducidos a una minoría y volvieron su mirada a las grandes organizaciones sindicales y sociales de la clase trabajadora y

las masas explotadas. Se trataba de asegurar mayoría a pesar de los intentos del comunismo de izquierda europeo de lanzarse a la insurrección prematuramente. “El proletariado se convierte en clase revolucionaria sólo en la medida en que no se restringe al marco de un corporativismo estrecho, y actúa en cada dominio y manifestación de la vida social como el guía del conjunto de la población trabajadora y explotada ... el proletariado industrial no puede resolver su misión histórica mundial, que es la emancipación de la humanidad del yugo del capitalismo y la guerra, si se limita a sus propios intereses corporativos particulares y a esfuerzos por mejorar su situación”. En la época imperialista los sindicatos estarían sometidos a la presión de los gobiernos a una integración mayor de sus estructuras, asociándolos a la explotación del mundo colonial. La dirección abiertamente reformista y social patriota de los líderes sindicales expresaba también una división social en el proletariado, consecuencia política de un problema social: la existencia de una aristocracia obrera, separada por sus intereses materiales de la gran mayoría del proletariado. Esto exigía que los comunistas ganasen influencia en los grandes sindicatos y entre las masas populares socialistas contra los jefes sindicales. Se imponía la política del frente único. Gramsci retoma estas tesis en la cárcel, cuando debe enfrentar teóricamente el planteo ultraizquierdista de Stalin en su “tercer período”, el que igualaba al fascismo y la socialdemocracia, a la que denominaba “social-fascismo”. Para Gramsci, por el contrario, el frente único “representaba la necesidad de un trabajo político e ideológico profundo y serio entre las masas, desprovisto de sectarismo antes de que la toma del poder pudiera incluirse en el orden del día”. Es conocida la distinción que hace Gramsci entre Oriente y Occidente. En cualquier caso parte del proceso de complejización social y estatal de las sociedades europeas en comparación con Rusia, en el que la sociedad civil es “gelatinosa”, mientras que en occidente prevalece, haciendo una analogía con el arte militar, la guerra de posiciones, pues cuando se ataca al estado, detrás de él existe todo un complejo sistema de sociedad civil capaz de resistir la embestida de la “guerra de movimiento”. Lo que viene a agregar es que la complejidad de la sociedad de clases en occidente, la fragmentación y dispersión estructurales de las posiciones de clase del proletariado, exigen no sólo la alianza obrera y popular, tal como la tercera internacional había sentenciado como lección de la revolución rusa, sino la hegemonía en un sentido más amplio todavía, donde se exige la expansión de la ideología y las concepciones socialistas a los distintos sectores de la clase trabajadora como también a los campesinos y demás clases explotadas. Es lo que Gramsci denomina la dirección intelectual y moral por parte de la clase trabajadora. Efectivamente constituye una expansión desde una alianza política hacia el liderazgo político-ideológico, contrapuesta a la capacidad hegemónica de la clase dominante y el estado moderno sobre las clases potencialmente aliadas a ella. Partía de la insuficiencia de las crisis sistémicas o incluso de crisis orgánicas de las instituciones burguesas, que en Rusia habían facilitado el acceso al poder por parte de los bolcheviques, y de la capacidad resistente de las sociedades más complejas de Europa y América. Esta hegemonía capitalista exigía algo más que movimientos, necesitaba una hegemonía proletaria plasmada en una “voluntad colectiva” de mayor grado, un bloque histórico contrahegemónico. Las posiciones dispersas de luchas e intereses exigen una voluntad colectiva común que las unifique en un bloque histórico, y les provea una concepción común. El proceso de recomposición de clase pasa, sí, por la capacidad del proletariado de hegemonizar al resto de las clases subalternas. Pero también de reconstituir mediante la estrategia comunista la unidad de la identidad clasista de los trabajadores. Se exige el paso de la posición corporativa, una etapa primitiva de la conciencia de clase, al campo de la acción hegemónica, el grado más elevado de su conciencia. Después de analizar el campo de las relaciones de producción (al que denomina correlación social de fuerzas) apunta al segundo nivel, el de la correlación de fuerzas políticas, es decir “la valoración del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales. A su vez, este momento se puede analizar y dividir en varios grados, que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva, tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo (...) Un segundo momento es aquel en que se llega a la conciencia de la solidaridad de los intereses de todos los miembros del grupo social, pero todavía en el terreno meramente económico (...) Un tercer momento es aquel en que se llega a la conciencia de que los propios intereses corporativos en su desarrollo actual y futuro superan el círculo corporativo de grupos meramente económicos, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados”. Este texto parece utilizarse como un “etapismo de la conciencia”. Sin pasar por el primero no alcanzaremos el segundo. En períodos de retroceso de las luchas obreras, se está tentado de perseverar en el primer nivel para asegurar el paso seguro al segundo. Pero como lo había expresado antes Lenin en su polémica con el economicismo, estas nacen de los propios conflictos en el que se desenvuelve la venta de la fuerza de trabajo. Toda manifestación de lucha económica, siempre es un grado del pulso vital de la clase trabajadora, pero exige, desde el punto de vista socialista, su superación. Por otra parte sólo en la superación de ellos y en su nivel más elevado la unidad clasista puede ser alcanzada. No por casualidad Gramsci habla del grado de homogeneidad, que sólo puede conferirle una conciencia globalmente anticapitalista. En esto Lenin y Gramsci parecen librar batallas semejantes. Polemizando contra las posiciones positivistas de Bujarin, Gramsci expuso la exigencia de pasar

de la esfera economicista en filosofía al concepto de hegemonía. En Gramsci la unidad de las posiciones heterogéneas y fragmentadas no se da a priori, depositadas inevitablemente en las posiciones estructurales. Ellas eran presupuestos materiales. Tampoco puede darse en la situación revolucionaria espontánea, no por lo menos en su forma acabada, es decir estratégica.

### **Desgarramiento entre la estructura y las relaciones sociales**

Hemos tratado de defender una posición no determinista en la constitución de la unidad y la identidad clasistas. Hemos rechazado las concepciones sociologistas que nos remiten la identidad unitaria de clase a las posiciones estructurales directamente, sin mediaciones, las cuáles reflejarían, tarde o temprano, la unidad clasista, y la “posición estratégica” en la sociedad que corresponden con su posición productiva. En definitiva rechazamos otorgarle un estatus ontológicamente clasista a las posiciones estructurales, una trascendencia socialista más allá de la historia y la lucha concreta a los proletarios de carne y hueso. Estas posiciones cumplen el papel inverso de aquellos que le han negado al proletariado un papel relevante en la constitución de un sujeto unitario revolucionario. Así por ejemplo André Gorz tomaba como adversario fácil a un marxismo sociológico simplón. Mientras sostiene correctamente que “el progreso técnico no conduce a la formación de un proletariado masivamente calificado y cultivado, sino a nuevas diferenciaciones y polarizaciones, que reconstituyen a la masa de los no calificados, los excluidos y la gente en situación precaria de todo género” su conclusión es definitiva: “el aumento de la potencia de los obreros profesionales no habría sido más que un paréntesis”. Para Gorz el problema no estaba, como para Laclau y el posmarxismo en las raíces de la teoría marxista, sino justamente en las posiciones sociológicas del proletariado. Las modificaciones que se operaron en su interior han sido tan profundas que ya no es posible admitir la “ontología” emancipatoria del proletariado atribuidas por Marx a una supuesta esencia revolucionaria a la que sólo hace falta darle tiempo para madurar.

La raíz de ello está en las constantes dispersiones, precarización y subordinación al capital inherente al carácter alienado de la explotación capitalista. La solución leninista, es para Gorz la vía autoritaria ya ensayada en Rusia donde una burocracia estatal se apropia de los títulos que no le corresponden y habla en nombre de un trabajador colectivo, resultado de la incapacidad material, social, de la unidad clasista. “La clase como unidad es el sujeto imaginario que opera (...) pero este sujeto es exterior y trascendente a cada individuo, a todos los proletarios reales”. Bensaíd se opuso correctamente a una traspolación injustificada y ahistórica de la burocracia estalinista con el partido de vanguardia e incluso con el proyecto de Marx. “Que la clase haya devenido este fetiche autómatas, en nombre del cual las burocracias reclaman un piadoso juramento de fidelidad, es un hecho. Imputarlo a Marx quien denunció con constancia a la sociedad-persona, a la historia-persona y a todas las personificaciones y encarnaciones míticas, en otras palabras, a todas las trascendencias en las que se aniquila la irreductible interindividualidad, no es serio. Arrastrado por su impulso, Gorz termina por denunciar en el poder del proletariado ‘el inverso simétrico del poder del capital (...) el burgués está alienado por ‘su’ capital (y) el proletario, igualmente, estará alienado por el proletariado (...)’. La cosificación del poder por la burocracia constituye, sin embargo, un abuso de autoridad social e histórico atestiguado por los millones de víctimas de la contrarrevolución estaliniana”. Incapacitada de transformar la identidad interindividual de los productores expropiados de sus medios de producción en identidad clasista, el proyecto político del socialismo estaría condenado. Mientras que un burdo marxismo sociologista sólo puede defender el proyecto socialista desde un esencialismo estructural (“tarde o temprano la clase obrera saldrá y se unificará porque está en la base de las relaciones de producción, en la dinámica inmanente de la acumulación de capital, y por sus potencialidad como productor de mercancías”), Gorz impugna esa tesis en el mismo campo de juego. Para éste el “circulo de hierro” del capital impide la unidad clasista, para el primero el círculo se rompe por sus propias contradicciones. ¿Quién apuesta más? Lo que está ausente es la mediación fundamental de la experiencia, la lucha y la política, allí donde las referencias materiales mudas y abstractas se vuelven históricas y concretas. “Romper el círculo de hierro del capital no deriva de la dialéctica formal de la opresión y de la liberación por el trabajo, dice Marx, sino de la irrupción política”. En la segunda posguerra una porción no menor de intelectuales se vieron impelidos a abandonar cualquier punto de vista marxista al encarar una oposición política y filosófica al estalinismo, asimilando el ‘socialismo de estado’ burocrático con cualquier representación y unidad política clasista. Fueron los casos de C. Castoriadis y C. Lefort. Pero una oposición radical a una trascendencia espuria los condujo a negar cualquier postulado teórico e ideológico. ¿En nombre de quién se interpreta los ‘intereses históricos’ del proletariado? ¿Qué unidad teórica puede concebirse más allá de la misma experiencia de la clase trabajadora? No es casualidad que el repudio a una falsa representación llevada a cabo en términos inmanentistas y empiristas termine en un cuestionamiento a todo ‘trascendentalismo’, en nombre de una auténtica y espontánea clase obrera.

Empezando por Trotsky, la emprendió con Marx, luego con Hegel y llegó hasta ¡Aristóteles! Pero si la unidad y la identidad de clase son imposibles teórica y políticamente, no hay unidad posible. La fragmentación

del mundo social y del propio proletariado puede adquirir grados infinitos, pues depende de un imaginario social siempre disperso. La reconstrucción del mundo es una ficción. De ahí a la fragmentación pos-estructuralista había sólo un paso, que otros intelectuales franceses darían en los años 70 y 80. Mientras el valor de la fuerza de trabajo está determinado por la cantidad de trabajo incorporado a las mercancías necesarias para la producción y reproducción del obrero, esto exige incluir un componente de tradiciones, un "componente moral" dice Marx, determinado también por las relaciones de fuerza y la lucha de clases. No es una determinación caprichosa que escape a toda lógica intrínseca al capital, como creía Castoriadis, pero obviamente el conflicto y la lucha son componentes que no están separados o alejados espacialmente de las relaciones productivas. El conflicto y la historia son un momento, igual que la dinámica de las relaciones de producción, del proceso dialéctico del desarrollo capitalista. Está claro que ha sido históricamente el conflicto de clases quien ha modelado, frenado o acelerado los cambios productivos y tecnológicos, que no pueden considerarse neutros y ascéticos, sino que están atravesados por el conflicto. Su máxima expresión fue la imposición hacia principios del siglo XX del Taylorismo. Para Marx el capital es por sobre todo una relación social de explotación. Esto implica que la acumulación inherente al movimiento del capital sólo puede estar asegurada mediante actos políticos de dominación. El régimen de empresa constituye antes que nada un acto político de opresión y sujeción, un cooperativismo despótico sin el cual es imposible ningún proceso de acumulación. Como lo ha señalado Braverman, la extracción de plusvalor en el que descansa la reproducción del capital se apoya sobre la tiranía en la empresa, despojando a la masa de obreros de sus capacidades de decisión, favoreciendo la opresión patronal, ejercida con el concurso del estado, aunque al omitir las luchas de resistencia al método taylorista, separó la política (despotismo patronal) de la política proletaria (resistencia y muchas veces triunfo sobre el sistema taylorista) e incluso de los procesos de acumulación de capital, que imponen regularidades y mecanismos a los que debe adecuarse. Las posiciones obreristas responden más a una concepción feuerbachiana que al materialismo histórico. Porque sólo pueden alcanzar a comprender la posición material de clase en su forma muda, abstracta, mientras que las ideas y concepciones de clase sólo pueden figurarse como reflejos pasivos de dichas posiciones estructurales. En cambio el punto de vista de Lenin y Gramsci exigen establecer las mediaciones históricas concretas por las cuales el proletariado vive su experiencia como clase, es decir experimenta a través de sus organizaciones, cultura, práctica política, etc. una concepción clasista, constituida en la lucha y no mediante la determinación refleja y abstracta de la infraestructura.

### **De la crisis de la posguerra a la contraofensiva capitalista**

La expansión capitalista sin precedentes que siguió a la salida de la segunda guerra parecía reconstruir, igual que a la salida de la crisis de 1890 la capacidad sistémica de una evolución orgánica hacia reformas sociales cada vez más profundas. El pacto fordista había trocado la amenaza revolucionaria por el acceso al consumo. Se fortalecieron las tendencias reformistas en los países centrales sostenido por el americanismo gramsciano de entre guerras que se consumó con el boom y el triunfo norteamericano. Parecía reconstruirse la perspectiva gradualista de una clase cada vez más homogénea, que ahora se hacía mayoritaria en todas las sociedades avanzadas. Desde los años '50 una clase trabajadora cada vez más calificada y socialmente poderosa y mayoritaria impuso en la agenda el debate sobre la potestad patronal a las decisiones sobre la producción, la autogestión en la empresa, la alienación en el trabajo. El planificacionismo, junto con el reformismo de izquierda volvía a reciclar poderosamente las ilusiones en el productivismo y el evolucionismo social, erradicando al mismo tiempo el peligro revolucionario, confinado a las sociedades agrarias y atrasadas del tercer mundo. Pero el estallido de fines de los sesenta y principios de los setenta dispuso definitivamente las ilusiones tecnocráticas y socialdemócratas, cuyo programa no trascendió la planificación estatal y el capitalismo organizado y cuyo objetivo de máxima no fue más allá, igual que el eurocomunismo, de disfrutar de una integración mayor a las sociedades de consumo y al sistema político. El optimismo de posguerra no pasó la prueba de la crisis. Frente a la ilusión de un poder creciente de la fuerza laboral en el procesos del trabajo Braverman insistió, quizá unilateralmente, en la tendencia capitalista a generalizar el taylorismo e imponerlo de manera irreversible y homogénea: la descalificación sistemática de la fuerza laboral, mediante la simplificación permanente de los métodos de trabajo y una disciplina laboral reforzada aumentando la sumisión real del trabajo al capital. A pesar del valor del texto de Braverman escrito en 1974, las tendencias actuales del proceso de trabajo siguieron un curso mucho más contradictorio. Si al mismo tiempo la descalificación laboral fue un proceso continuo y permanente frente a las rebeliones obreras y estudiantiles hasta mediados del '70 y explican muchas de las tendencias actuales del neoliberalismo imponiendo la flexibilidad laboral, la precarización y el control patronal que contribuyeron a retomar el poder en la fábrica, los resultados globales en el procesos de trabajo son mucho más polivalentes. Porque lo que vimos durante los años '80 y '90 fue un proceso profundo de dualización laboral, de descalificación masiva de trabajadores precarizados y sin derechos laborales o sindicales pero por el otro una capa de trabajadores bien

pagos y recalificados que responden a las tendencias tecnológicas más modernas. Al mismo tiempo el trabajo calificado o semi-calificado está rodeado de trabajo precarizado, segmentando y resquebrajando más aún los principios unitarios de la identificación clasista. Junto al trabajo a tiempo parcial percibimos una tendencia, sobre todo en los países de la periferia al aumento del sobretrabajo. El desempleo de masas es la contracara de la superexplotación. Como dijimos al comienzo, el proceso de relocalización fabril taylorizada que se traslada a la periferia (maquiladoras mexicanas, talleres del sudor en el sudeste asiático, conviven con el involucramiento productivo e intelectualización y exigencias de mayor conocimiento. A su vez un taylorismo brutal convive y se complementa con un trabajo complejizado que requiere mayores capacidades intelectuales. El proceso de dualización laboral no corta transversalmente a los países entre ricos y pobres, sino que también se da entre los diferentes segmentos de la mano de obra asalariada al interior de los países. Este proceso no lo podemos ver sino como una respuesta capitalista al auge revolucionario de los '70, pero también como una consecuencia de las derrotas políticas y la imposición de parámetros en las relaciones de producción exigidas por el proceso de valorización capitalista, que ahondan la división y dispersión de la clase.

Causa y consecuencia, la ilusión de una correspondencia interior entre proceso estructural y conciencia clasista se ha disuelto definitivamente. Homogenización y segmentación son dos procesos complementarios que indican la extensión del mundo asalariado a escala global; pero al mismo tiempo una fuerza laboral profundamente fragmentada. En Argentina el proceso de pauperización y asalarización de un lado, y una marcada dualización del mercado laboral eran dos procesos contradictorios e integrados. Los servicios estratégicos pasaron a cumplir un papel central al controlar el sistema nervioso y sanguíneo del capitalismo, pero en los cuales no es preponderante el obrero manual, sino que crecen los sectores técnicos, trabajadores calificados con estudios terciarios, ingenieros y el trabajo informático y comunicacional. En algunos sectores de la industria más concentrada y moderna, el trabajo del obrero calificado es cada vez más de preparación técnica, operativa, de adaptación, que de producción misma. Todas estas tareas se intelectualizan progresivamente y eso ha elevado a un sector de obreros industriales claves en las automotrices, siderúrgicas, petróleo, a transformarse en técnicos, que requieren preparación de nivel terciario.

Por otro lado conviven amplias franjas de asalariados paupérrimos, descalificados, con sueldos por debajo de la línea de pobreza e incluso de indigencia, muchos de los cuales son parte de la masa del 45% de trabajadores precarizados y sin aportes a la jubilación y la seguridad social. Y obviamente un desempleo de masas que no se reduce sustancialmente con el ciclo económico. No sólo estamos observando desde hace décadas la proletarianización del trabajo intelectual y la asalarización de lo que antes eran profesiones liberales, sino que cada vez más estos sectores establecen lazos con el proletariado muy distintos a los que en el pasado cumplieron los ingenieros de empresas, donde se consideraba que "saltaban la trinchera" cuando se pasaban al campo de la clase obrera, como en los Consejos de fábrica de Turín en la Italia de los años '20. Así se da el proceso donde el técnico y el ingeniero se proletarianizan y el proletariado más estratégico debe intelectualizarse. En la actualidad se mezclan los sectores precarizados y peor remunerados con los elementos sindicalizados y de mayor experiencia. La desventaja de la fragmentación tiene la contra cara de la educación a saltos. En la lucha de clases futura el nuevo proletariado joven puede aprender sin tener que recorrer todas las etapas de la vieja clase obrera. En los lugares de tradición el contratado puede asimilar fácil y rápidamente los métodos de la asamblea, el cuerpo de delegados, la huelga o el piquete. Lo que hemos visto en pequeño y lo que veremos en el futuro próximo en grande será la "hibridación" de diversas capas proletarias, de distinto nivel cultural y social, combinándose para dar un resultado original y novedoso. El proceso combinado de tendencias contradictorias no puede saldarse en las relaciones de producción.

Tampoco las tendencias de la situación revolucionaria puede asegurar la constitución unitaria a un nivel social y político más estable que los vaivenes de la lucha de clases. Una combinación siempre específica de ambos sólo puede pensarse como preparación ideológica y expansión del "campo de la estrategia" leninista y de la "voluntad colectiva" gramsciana. Después de años de retrocesos una perspectiva sociológica posee la tendencia fatal a una espera milagrosa de una irrupción espontánea clasista capaz de conquistar una "centralidad" estructural apolítica. Se postura ante cualquier retroceso y desprecia cualquier existencia novedosa, como el movimiento piquetero, sospechosa de agregar impurezas a una clase metafísica y pura. La "norma" idealista está por sobre todas las cosas, como una categoría muerta e inmutable que no cambia con la historia y la lucha. Pero una norma equivale ante todo a una categoría universal abstracta y muerta, es decir inexistente, se aleja del materialismo histórico y se acerca al idealismo filosófico. Nos remite a un universo imaginario y nos aleja de la lucha de clases prosaica y material que nos rodea. Hemos comenzado este artículo sospechando que dicha solución cae inexorablemente en el campo del sindicalismo y en general del obrerismo, porque se le otorga una capacidad unitaria a su sola existencia y se desconfiaba de su capacidad hegemónica. Lo extraordinario sin embargo es que el sindicalismo, que ha sido tributario del estado interventor, ha debilitado sustancialmente su capacidad de dirección y consenso en la clase trabajadora. La

tarea estratégica no nos remite a un recitativo sobre las potencialidades materiales, sino a la arena de la lucha política e ideológica para darle existencia e identidad clasista al movimiento de recomposición de la clase trabajadora.

**Notas:**

1. Ver Nuevas radicalidades políticas en América Latina, H. Ouviaña, Cuadernos del Sur 37.
2. Para una relación entre esta caracterización y su relación con los movimientos feministas y de derechos civiles, Capitalismo contra democracia, Cap. 9, E. M. Wood, Siglo XXI, 2000.
3. Ideología, Terry Eagleton, Editorial Paidós Básica, pág. 260.
4. Idem. Pag. 267.
5. Para un panorama de la expansión del mundo del trabajo La clase trabajadora en el siglo XXI, Chris Harman.
6. De ahí que en las posiciones más dogmáticas los docentes o los trabajadores de la salud que no son, según algunas interpretaciones, directamente productivos, sean ubicados en un estatuto inferior al obrero de la industria, interpretando a la clase trabajadora según los mismos parámetros y modelos que a la clase obrera rusa de principios de siglo XX.
7. Capitalismo contra democracia, pág. 110, E. M. Wood, Editorial Siglo XXI.
8. Lo observamos en la década del '70 en Argentina, donde los jefes sindicales tuvieron un éxito parcial en bloquear desde los grandes sindicatos la confluencia del movimiento obrero con el movimiento estudiantil desde la resistencia a la dictadura de Onganía partir del '66, que sin embargo se dio en los sectores independientes de las burocracias dirigentes.
9. ¿Qué hacer?, Lenin. Ediciones Nuestra América.
10. Lenin y la hegemonía: los soviets, la clase trabajadora y el partido en la revolución de 1905, Alan Shandro, Razón y Revolución N° 9.
11. Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores, K. Marx, Londres 1871.
12. Isac Johsua denuncia esta rigidización leninista del movimiento entre la clase y el partido repitiendo el argumento ya suficientemente rebatido sobre la supuesta separación y oposición entre la clase y la conciencia. Retour vers le futur, Critique communiste N° 173.
13. Huelga de masas, partido y sindicatos, Rosa Luxemburgo, Obras escogidas, pag. 221, Ediciones Pluma.
14. Idem. Pag. 245.
15. Idem. Pag. 239.
16. ¿Qué Hacer?, Lenin, pag. 123. Ediciones Nuestra América.
17. Ernesto Laclau muestra en Hegemonía y estrategia socialista a Lenin como un determinista obtuso para ocultar que es posible la acción política hegemónica si romper amarras con las determinaciones sociales capitalistas, y para consolidar su rechazo del marxismo polemizando para ello con las corrientes más deterministas, como la escuela inglesa del marxismo analítico.
18. Para una comparación de las posiciones de Parvus y las de Lenin y Trotsky véase En los orígenes de la revolución permanente, Alain Brossat, edición Siglo XXI 1976.
19. Lenin y la hegemonía: los soviets, la clase trabajadora y el partido en la revolución de 1905, Alan Shandro, Razón y Revolución N° 9.
20. I Congreso de la internacional comunista. Editorial Pluma.
21. Las Antinomias de Gramsci, Perry Anderson, pag. 99, Editorial Fontamara.
22. Gramsci nunca separó la guerra de movimiento de la guerra de posición, y recetando la occidente sólo la segunda variante, lo que equivaldría a la renuncia directa a la lucha por el poder. Sin embargo las ambigüedades de los textos de la cárcel permitieron interpretaciones reformistas de sus tesis, muy de moda en la revisión de los partidos comunistas europeos en las décadas del 60 y 70. Para el debate de estas posiciones Las antinomias de Gramsci, P. Anderson.

23. Análisis de situaciones. Correlaciones de fuerzas. Gramsci, La política y el estado moderno, página 112 de la compilación de la Editorial Planeta-Agostini. 1985.

24. Marx Intempestivo, cap. 6, Daniel Bensaíd. Ediciones Herramienta.

25. Sobre el tema ver artículos de Socialismo o Barbarie en La experiencia del Movimiento obrero, C. Castoriadis, ediciones Tusquest 1979.

26. Para un desarrollo del concepto Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local, A. Bialakowsky, revista Herramienta N° 23.

27. Trabajo y capital monopolista: la degradación del trabajo en el siglo XX, Harry Braverman, México, Nuestro Tiempo, 1983.

28. Un balance de los aportes de Braverman en Teoría del control patronal, balance de una discusión, C. Katz.

**Publicado en Revista Socialismo Revolucionario N°2. ENERO 2005.**